



EL SOLDADO Y LOS RECURSOS NATURALES PATRIOS

Dr. ENRIQUE PEREZ ARBELAEZ

Todos los colombianos nos hallamos, a la hora presente, ante una gran responsabilidad, tanto más apremiante cuanto del cumplimiento de ella, depende el futuro de la patria: usar con prudencia, defender con codicia, renovar con previsión, los Recursos Naturales del territorio que, al nacer, se nos designó por herencia. La obligación es de todos, pero corresponde con grave título a las Fuerzas Armadas de la República, por cuanto el soldado, profesa, como ningunos otros, la generosa entrega al bien común y al futuro.

Ese bien que llamamos cultura y tras el cual vamos individuos y pueblos, es, en parte, obra de la inteligencia y del albedrío de los hombres, pero, sin establecer comparaciones, es también, en su primer existir, resultado de una dinámica independiente del hombre, antecedente a la misma aparición de nuestra especie sobre el planeta, pero que, para realizarse en nuestro servicio, demanda nuestro concurso.

Los Recursos Naturales tienen una condición esencial: su lenta creación. Porque aunque la naturaleza es cornucopia de bienes, los que merecen mayor solicitud de nuestra parte, aquellos sobre los cuales recae la ciencia del Conservacionismo y nuestra responsabilidad, son los que se hicie-

ron y solo se pueden regenerar mediante la empresa metódica y pertinaz de una, o quizás de muchas generaciones.

El conservacionismo, ciencia de los Recursos Naturales, no se limita a verificar su existencia en determinada localización a nuestro alcance; a escribir su inventario, sino que se dirige, principalmente, a averiguar los nexos, las valencias de combinación que tienen entre sí y con el hombre a cuyo servicio, por ser único inteligente, todo se ordena, así en lo lógico, así como en lo ontológico. Por lo mismo no tanto nos interesan los factores aislados de la naturaleza, sino el ecosistema completo, al cual entramos vinculados, sin duda con jefatura, pero dependiendo, a nuestro turno, de la tropa anónima, a la que también se abren las puertas del servicio heroico.

Sucede también y con frecuencia, que el hombre no logra conocer los vínculos que ligan a los seres unos con otros, ni los postulados de su equilibrio. Perpetuamente se podrá decir que la generación precedente no sabía cuánto necesitaba para mantener en equilibrio el ecosistema natural del cual era parte. Lo decimos hoy; aceptemos de antemano que lo digan mañana. En consecuencia nuestra obligación ante la naturaleza, es no pertur-

barla, alterarla lo menos posible, temerosos de romper una estabilidad cuyos trámites se nos esconden.

Sin embargo, según explica L. Pauling, químico norteamericano, debe reconocerse que el equilibrio no es la situación "en que nada sucede", sino, más bien el estado en que reacciones opuestas hallan lugar en la misma proporción, de suerte que la resultante sea "ningún cambio en absoluto". Y esa es la meta a que debemos tender respecto de los Recursos Naturales: usar los, utilizarlos y en lo posible renovarlos. Es la ley del ajedrez: sustituir la torre que cayó por la otra, en el ataque y si una ficha negra sucumbe, que sea a cambio de otra blanca igual. Este es el caso de los recursos minerales, los cuales no podemos renovar; conservarlos significa gastarlos a fondo, compartirlos prudencialmente con las generaciones futuras y convertirlos, parte al menos, en bienes permanentes de cultura.

Recursos naturales limitados e irrenovables de Colombia, son principalmente el oro, la plata, el cobre, el hierro, el radio, las piedras preciosas, el carbón mineral, el petróleo y los ga-

ses combustibles, las aguas subterráneas, las termales y minerales. Los renovables son el suelo fértil; la humedad ambiental; tal vez la localización de las lluvias en un área vasta; las aguas deslizadas y las navegables; la vegetación protectora de otros recursos; los bosques madereros, la fauna. De toda esta constelación de factores el de primera magnitud es el bosque, sostén de todos los ecosistemas naturales.

Para precisar lo que debemos hacer a veces vale más la consideración de lo que no hemos hecho, porque nos muestra al ojo el castigo que nuestra omisión nos depara. Por lo mismo nada produce tanta pesadumbre, como verificar lo que Colombia ha perdido por la ignorancia o por la negligencia de los principios conservacionistas. Enfrentémonos a ese pasado; a esta nuestra página de pérdidas.

1. Colombia fue, sin duda el auténtico Dorado. A lo largo del siglo XVI los conquistadores saquearon el oro que los indios sepultaron en las tumbas, el que llevaban sobre sus cuerpos, el que adornaba sus adoratorios. Después se entregaron a la explotación ávida y negra de los placeres de los ríos. Ya en la República se prosiguió el pillaje, llevado a cabo en su mayor parte para utilidad de Compañías extranjeras. Lo que a Colombia ha quedado del oro, en cultura permanente, es muy poco.

2. Cosa similar pasó con las esmeraldas y con la plata. Lo que se prepara con el petróleo y el carbón.

3. Otro tanto ha sucedido con el platino, privilegio del territorio chocoano, que siguió el triste sino de entregarse a los extraños dejando miseria a sus espaldas. El primer platino que se explotó en el Chocó, se convirtió en una vajilla de la Casa Real de Madrid, el segundo lo vemos todavía hecho estoperoles para adornar las paredes del retrete de la Reina liviana

DOCTOR

ENRIQUE PEREZ ARBELAEZ

Hombre de ciencia ampliamente conocido en el ambiente científico internacional, hizo estudios de Filosofía, Escolástica, Biología, Química, Matemáticas, Mineralogía, Cosmografía, Técnica microscópica y Teología en Oña Burgos. Es miembro de Número 18 Academias Nacionales y Extranjeras. Sus actividades científicas lo han llevado a representar al país en varios congresos científicos internacionales, así mismo ha desempeñado la dirección de varias misiones científicas de carácter nacional, en fin se ha desempeñado en innumerables oportunidades como catedrático en las facultades de nuestras universidades.

Los libros escritos por el Doctor Pérez Arbeláez pasan de los treinta, sobre los más diversos temas. En la actualidad tiene en preparación las siguientes obras: Artículos periodísticos, Actas del Simposio Internacional de Quibdó, Estudios Guajiros, Lecturas Infantiles, Bibliografía de la Naturaleza Colombiana, Mutis y la Real Expedición Botánica, etc.

María Amalia de Sajonia, en la Casa Real del Labrador, de Aranjuez. A los colombianos ha quedado el derecho para un mazamorreo miserable y tísico.

4. Recurso natural de Colombia, tan eminente que pasó a la heráldica de la República, fue la oportunidad para abrir el canal interoceánico por Panamá. Mal aprovechada esta coyuntura; sometida al capital de los extraños y al patriotismo dudoso de los propios, se perdió para siempre. A los colombianos nos tocó una propina en compensación de la injusticia del "I took Panamá" de Teodoro Roosevelt, cazador de leones de bisontes y del honor de un pueblo débil.

Ahora saludamos con júbilo el nuevo canal Atrato-Truandó. El panorama de los pactos internacionales ha cambiado. Pero se puede repetir aún la frase del latino: **Timeo Danaos et dona ferentes**. Temo a los danaos aunque nos traigan de regalo el caballo de Troya. Ojalá no nos ajusten el cabezal de suerte que no nos lo podamos quitar.

5. La primera producción selvática, que perdido el oro, sostuvo nuestra economía de exportación, fueron las quinas. Pero mientras los quinares colombianos se explotaban sin ninguna norma económica, mientras nadie en Colombia sembraba un árbol de quina, los ingleses, con semillas de los montes ecuatorianos y caucanos, hicieron sus plantaciones del Asia, y el negocio se acabó para Colombia. Todavía alzó una llamarada en la II Guerra Mundial cuando las plantaciones del Asia cayeron en manos de los japoneses y la National Welfare, de los EE. UU., a costos de guerra, terminó de raspar lo que restaba de cortezas febrífugas de nuestros Andes. Pero hoy, ya no nos queda ni una alcayata para colgar el machete con que destruimos por guñapos, nuestros quinares.

6. En la pita floja del Magdalena se puso una gran esperanza de la nación. Se gastaron muchos millones en concesiones, en organizaciones, en máquinas para decorticarla. Su fibra resultó poseer condiciones y valor excepcionales. Yo mismo gasté todos mis recursos buscando la solución de este problema del beneficio de la preciosa materia textil. Pero la pita crece en la sombra de los bosques pluviales y, con la tala de ellos, ha desaparecido toda cantidad industrial en las hoyas del César, del Lebrija, del Sogamoso, del Carare y el Opón. Otro recurso que perdimos.

7. Actualmente se ha despertado verdadero furor por la exportación de maderas finas: mangle, abarco, etc. Hay que ver cómo sangran los hombros del negro, sacando troncos a lo limpio para embarcarlos; hay que leer las estadísticas de la exportación; hay que contar los billetes que caen a las fartiqueras de los empresarios, extranjeros en su mayoría. Lo que no se ve es la reposición que deberían hacer de los bosques talados. Y eso que sobre esta materia, llueve la literatura legalista sin consecuencias.

8. Pero, en fin, la exportación maderera colombiana, nos deja el mendrugo de unos jornales. La locura mayor está en la tala y en la quema corrida de los bosques para abrir tierras a una agricultura y una ganadería pobres, al dominio de Avivato Gula y Cía, Sociedad Anónima. Entre tanto los países extranjeros, protegen, aumentan sus reservas madereras para que Colombia tenga que comprarles mañana lo indispensable para su desarrollo, al precio que ellos se les antoje. El castigo lo estamos mereciendo ahora.

9. Nuestra prodigalidad, nuestra imprevisión en el manejo de los recursos naturales no tienen término. El tratamiento que damos a la fauna

aérea es de iniquidad. Léanse estos datos:

En 1961, solo por el puerto de Barranquilla, se exportaron pieles en las siguientes cantidades:

Babillas pequeñas	164.800
Caimanes	915
Tigrillos	29.150
Sainos	7.850
Monos	11.200
Babillas grandes	346.000
Boas	12.000
Iguanas	114.000
Venados	4.700

10. Y para no continuar este Misere de la Naturaleza colombiana, denunciemos no más otros estragos. La explotación criminosa de la fauna ictiológica; el asesinato colectivo de la fauna por las fumigaciones, desde avionetas, con insecticidas, fungicidas y matamalezas; la entrega de nuestra

pesca marina a las flotas piratas del extranjero, y, por encima de todo, la erosión gigantesca de nuestros suelos agrícolas, que los ríos turbios arrebatan, en forma de sedimentos, para entregarlos a las aguas salobres de los mares.

Entre tanto, a estas horas del crecimiento demográfico ¿qué hace el país por crear la preocupación conservacionista de las masas, de los trabajadores del campo, a las juventudes, del ejército? Nos falta literatura popular y periodística en estas materias; nada dicen sobre ellas los pénsunes escolares, no hay sino conatos de Jardines Botánicos y Zoológicos. Lo único patente es el camino del desierto. Ya es hora de preparar el epitafio de una de las más ricas naturalezas del mundo. Pero que sea en verso y se pueda tocar en tiple y con maracas ¡Qué consuelo tan neroniano...!

Varias veces se ha señalado que la pérdida de un centavo de dólar significa una merma en el ingreso de dólares de algo más de 7 millones. O sea, que un cambio de 10 centavos en libra nos costaría más de 70 millones de dólares al año. Para recuperarlos, tendríamos que vender un millón y medio de sacos más, y ante la falta de elasticidad del mercado cafetero, ello resultaría tarea muy difícil de realizar, porque seguramente los otros tipos de café se moverían igualmente hacia la baja y los mismos fenómenos que hoy se contemplan se encontrarían reproducidos a niveles inferiores sin beneficio alguno para nadie.

MEMORIA DE HACIENDA. Presentada al Congreso Nacional de 1961.